

Una historia real

LA MONARQUÍA BRITÁNICA A TRAVÉS DEL CELULOIDE

Por sorprendente que resulte, es probable que dos notables películas recientes, «La Reina» (2006) y «El discurso del Rey» (2010), excelentemente recibidas por la crítica y el público, tanto en el Reino Unido como en otros países, hayan hecho más por esclarecer el papel que ha desempeñado –y que puede jugar en el futuro– la Monarquía británica que los numerosísimos estudios y encuestas realizados al respecto.

La primera de estas películas tiene bastante que decir sobre un aspecto crucial de la Monarquía que no suele recibir la atención que merece, como es la función constitucional del soberano. En su ya clásica obra sobre «La Constitución Inglesa» (1867), el escritor político (y editor del Economist) Walter Bagehot se refirió al derecho del Monarca a ser consultado, al derecho a incentivar y al derecho a advertir. Pero ¿qué sucede cuando un primer ministro popular (y un tanto pagado de sí mismo) ocupa el número 10 de Downing Street con la convicción de que poco o nada puede aprender del Monarca? Lo verdaderamente interesante

de esta película es lo que nos revela sobre la compleja –y poco conocida– vinculación simbiótica que puede surgir entre un primer ministro democráticamente elegido y un Monarca hereditario que acumula décadas de experiencia y sabiduría política. Por su propia naturaleza, dicha relación es necesariamente confidencial y discreta, pero en momentos de crisis nacional –como se atisba premonitoriamente en «El discurso del Rey», a raíz de un breve intercambio entre Winston Churchill y el futuro Jorge VI– ha resultado sin duda decisiva.

Con dignidad. Aunque en la obra de Bagehot se relacionaba a la Monarquía con la parte «digna» (*dignified*) de la Constitución británica, podría decirse que esta relación del soberano con el primer ministro pertenece en realidad a la parte «eficiente» (*efficient*) de la misma. Esto no significa, claro está, que la dimensión simbólica de la Monarquía haya perdido un ápice de su relevancia con el paso de los años. «El discurso del Rey» debe en parte su excelente acogida en el Reino Unido al hecho de recrearse en la dignidad de un hombre tartamudo y aparentemente vulnerable que, al cabo de poco tiempo, pasaría a personificar la heroica lucha del pueblo británico por garantizar su supervivencia frente a un enemigo fanático y mejor armado. En otras palabras, la Monarquía queda indisolublemente unida al recuerdo de la Segunda Guerra Mundial como experiencia colectiva, y a la nostalgia que suscita lo que Churchill definió como el *finest hour* jamás protagonizado por sus conciudadanos.

Más allá de esta dimensión histórica, podría decirse incluso que el futuro Jorge VI encarna aquí las virtudes que el pueblo británico suele atribuirse a sí mismo: austeridad, tesón, estoicismo frente a la adversidad (cualidad que se resume en el tópico del *stiff upper lip*), un sentido del humor irónico y cierta capacidad para desdramatizar y reírse de uno mismo. En suma, el Monarca es como un espejo en el que sus ciudadanos pueden contemplarse complacidos, ya que refleja una imagen de sí mismos con la que les agrada identificarse.

Los críticos más incisivos de la Monarquía británica han solido argumentar que, lo pretenda o no, ésta presta legitimidad simbólica a ciertos valores y comportamientos que militan en contra de la movilidad social y la meritocracia, lo cual explicaría en parte la falta de cohesión y el acentuado clasismo que supuestamente diferencian a la sociedad británica de la de otros países de su entorno.

«El discurso del Rey» maneja esta cuestión con una habilidad –no exenta de demagogia, quizás– que habrá irritado profundamente a dichos críticos: el futuro Monarca trata inicialmente a su terapeuta plebeyo –que para colmo, resulta ser australiano, tradicionalmente considerado el más zafio de los pueblos de la Commonwealth por las élites inglesas– como a un ser inferior, indigno de relacionarse con él, pero tras ciertos altibajos surge entre ellos una sincera amistad, que incluso alcanza cierta notoriedad pública.

**POR MUY
ARRAIGADA QUE
ESTÉ LA CORONA,
SERÁN DECISIVAS
LAS APTITUDES
DE GUILLERMO
Y DE KATE**

Lo que late detrás de este retrato es una cuestión de cierta

trascendencia, referida a la relación que puede o debe desarrollar un Monarca contemporáneo con sus súbditos/conciudadanos. Dicho de otra manera, el dilema consiste en cómo garantizar la aceptación de una institución basada en el principio hereditario por parte de una sociedad que opera de acuerdo con prácticas y valores crecientemente meritocráticos.

Un camino sin retorno. Como se analiza retrospectivamente en «La Reina», la respuesta de Lady Diana Spencer a este dilema consistió en procurar empatizar con el ciudadano medio, con sus aspiraciones y sus sufrimientos, capacidad que Blair reconoció en ella al proclamarla (póstumamente) «la princesa del pueblo». Sin embargo, la moraleja implícita de la película es que éste es un camino sin retorno para la Monarquía: si la realeza se comporta como el común de los mortales en un esfuerzo por confundirse con ellos, corre el peligro de poner en cuestión su propio derecho a la Corona, que se nutre en no poca medida de la tradición y la historia, por muy constitucional y parlamentaria que ésta sea. En suma, el futuro de un Monarca no puede depender solamente de su popularidad, como si fuese un político más, pero tampoco puede reinar de espaldas a las preocupaciones y aspiraciones de la ciudadanía.

Por último, ambas películas dejan meridianamente claro algo que Bagehot ya percibió durante la segunda mitad del siglo XIX, al observar de cerca la notable actuación de la Reina Victoria: por muy arraigada que esté la institución, en el mundo contemporáneo siempre serán decisivos las aptitudes y rasgos personales de quienes la encarnan. Es de suponer que el príncipe Guillermo y Kate Middleton lo tendrán muy en cuenta.

CHARLES POWELL
Historiador



«El discurso del Rey» y «La Reina» (sobre estas líneas) han puesto luz en el papel de la Monarquía británica